

Sombriti

ANDRÉS LÓPEZ VELARDE

Pontificia Universidad Católica del Perú

andres.lopez@pucp.edu.pe

La obra literaria y ensayística de José Carlos Agüero ha estado atravesada por un gran tema, el referido a la memoria histórica del conflicto armado interno que padeció el Perú entre 1980 y 2000. Lo ha abordado de manera más explícita en sus trabajos en prosa, como *Los rendidos. Sobre el don de perdonar* (2015) o *Persona* (2017); y lo ha hecho de modo más bien sugerido en su obra lírica, desde *El nacimiento de los monstruos* (2009) hasta *Enemigo* (2016). En esa trayectoria, *Sombriti* (2023) representa un giro temático porque, si bien persisten las alusiones ocasionales a la guerra interna como marco de fondo, aparece un nuevo personaje que trastoca el mundo representado de la obra agüeriana, su pequeña hija Billie, a quien dedica este volumen.

Sombriti es un libro de autoficción donde Agüero como personaje autorepresentado, se preocupa por definir, para su primogénita, un legado libre de las culpas, estigmas y emociones encontradas a causa de un hecho inocultable en la familia Agüero Solórzano: la militancia senderista de los padres del autor y la desaparición física de ambos en situaciones de violencia extrajudicial por parte de las fuerzas del orden. Acaso por primera vez en su obra creativa, el poeta Agüero ya no se ocupa tanto de recuperar la memoria histórica ligada al pasado conflicto armado, sino más bien mira hacia el futuro de su hija. Compone, para ella, cinco “advertencias” en las que le detalla una serie de lugares emblemáticos del centro histórico de Lima. Se trata de puntos de manifestaciones y marchas de protesta en defensa de la libertad, en que el poeta ha participado, y que le permiten, ahora, no solo prevenir a su hija de la violencia represora de las autoridades, sino también indicarle las rutas de evacuación más convenientes en caso de que ella pase por similares circunstancias. El autor no quiere que su hija herede su mundo, sus penas o los dramas sociales del siglo XX y lo que va del presente. Busca, más bien, liberarla de ese yugo: “Te desheredo. Que mi mundo muera conmigo. Que mis ojos se pudran. Que mi siglo, prolongado en el nuevo siglo, acabe por



Sombriti

José Carlos Agüero
Atmosféricas
Santiago, 2023, 128 pp.

extinguirse. Mi tristeza no tiene porqué ser tu tristeza. En todo caso, hija, funda tus propias desgracias” (p. 123).

Por otro lado, *Sombriti* también inaugura, en la obra del autor, la presencia de nuevos sucesos de violencia política más allá de la guerra interna. Se acude, así, al registro histórico para referir la masacre de “indios” a mano de los colonizadores españoles del siglo XVI, el conflicto de la Guerra con Chile en la segunda mitad del siglo XIX y las dramáticas cifras y escenas de muertes solitarias por el confinamiento masivo por causa de la pandemia de la Covid-19 en pleno siglo XXI.

El formato del libro propone una *obra abierta* (Eco) que reclama la participación del lector en la producción del sentido o sentidos del texto. Se diseña el poemario entero como un álbum de figuritas coleccionables que ilustran la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia. De este modo, se incorpora el famoso óleo del pintor español Ramón Muñiz, “El repase”, fragmentado en figuritas que el lector (como el coleccionista de cromos) deberá buscar en el libro para completarlo. Si lo hiciera (pese a la ausencia intencional de un cromó en

el volumen), repetiría la historia violenta; si no, estaría simbólicamente renunciando a completar el ciclo de crueldad representado en un soldado chileno a punto de liquidar, sin piedad, a una rabona auxiliando a un peruano caído.

Siguiendo un estilo híbrido de composición que se aprecia desde *Persona* (2017), en esta nueva entrega, junto con los cromos coleccionables, Agüero mezcla textos en prosa con poemas, fotografías, un mapa del centro histórico de Lima, una acuarela y hasta unos versos cifrados en lenguaje de señas.

Si bien se reiteran, tenuemente, ciertos elementos temáticos de sus obras previas, como las referencias al sueño, al cuerpo fragmentado o a la madre; reaparece también la reflexión crítica del lenguaje, aunque con notable énfasis. Este rasgo no solo conecta a su obra con la tradición moderna de la lírica occidental, sino que resignifica esa desconfianza en la palabra poética bajo las coordenadas sociohistóricas que la sobrepasan por la cruda violencia del mundo contemporáneo expresada en guerras, represiones policiales o la inoperancia de la salud pública para afrontar una crisis sanitaria global. Se intenta, no obstante, relocalizar al lenguaje en una situación primordial donde el ludismo lexical renueva el poder de la palabra mediante la libre experimentación de Billie, cuya inocencia infantil la conduce a apropiarse del idioma aun antes de someterse a los sistemas educativos que, bajo la enseñanza de un código convencional, domestica tanto a la lengua como a sus usuarios. De ahí nace *Sombriti*, de ese grito sin aparente sentido, que trastorna o contradice la lógica del sujeto letrado para crear sus propias reglas. En esa acción subversiva se vislumbra “algo inenarrable, pero profundamente dichoso” (pp. 69, 71) que redime al lenguaje para que el poeta, por primera vez, logre culminar su obra con una “coda” donde ya no se sueña con las sombras de la angustia, la muerte y los fantasmas de la guerra, sino se ve un amanecer, pese a que en el mundo las “bestias / secretos y agonías / continúan” (p. 124).